

«Caminarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu aurora» (Is 60, 3).

Queridos hermanos,

La Iglesia celebra hoy la solemnidad de la Epifanía. La Liturgia habla hoy de la luz que se encendió en la noche santa. La misma luz que guió a los pastores hasta el portal de Belén, indicó el camino, el día de la Epifanía, a los Magos que fueron desde Oriente para adorar al Rey de los judíos. Esta luz resplandece hoy para todos los hombres y pueblos que anhelan encontrar al Dios verdadero.

En su búsqueda espiritual, el hombre dispone naturalmente de una luz que lo guía: es la razón, gracias a la cual, cuando está sana, puede orientarse, a su Creador. El hombre puede conocer la existencia de Dios por la sola luz natural de la razón. Esto fue definido dogmáticamente por el Concilio Vaticano I, y lo dice San Pablo. Pero dado que es fácil perder el camino, Dios mismo, en sus designios de misericordia para con los hombres, vino a su encuentro proporcionándole la luz de la revelación, que alcanzó su plenitud en la Encarnación del Verbo, Palabra de verdad.

La Epifanía celebra la aparición en el mundo de esta luz divina, con la que Dios salió al encuentro de la luz de la razón humana. Así en la solemnidad de hoy, mirando a los Reyes Magos que no tenían fe, pero que llegaron a ella, se propone la íntima relación que existe entre la razón y la fe, una fe, como dice Benedicto XVI, que tiene un carácter racional. Cuando decimos: «creo en Jesucristo», estamos profiriendo una palabra mental, un *verbum mentis*, que dice la realidad significada por esta palabra, que creo en Cristo Nuestro Señor. Así pues, la razón y la fe son las dos alas de que dispone el espíritu humano para elevarse a la contemplación de la verdad. Pero no están separadas: la fe tiene un carácter racional, y presupone una razón sana, libre de contaminaciones filosóficas falsas. Éstas muchas veces son ignoradas, por desconocer las corrientes de pensamientos que subyacen en la cultura actual. Por eso la Iglesia ha establecido en el Concilio Vaticano II, en continuidad con una cadena ininterrumpida de directrices del Magisterio durante 600 años, que los que van a ser ordenados sacerdotes deben estudiar tanto en filosofía como en teología teniendo por guía a Santo Tomás de Aquino. Ahí se encuentra la síntesis segura.

Epifanía es fiesta de la luz: ¡Cristo es la luz del mundo! No obstante, no es sólo luz que ilumina el camino del hombre tantas veces envuelto en sombras de muerte. *Cristo también se ha hecho camino* para los pasos inciertos de un hombre que busca a Dios, la única fuente de la vida. Él dijo a los apóstoles: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. *Nadie* va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto» (Jn 14, 6-7). Y ante la objeción de Felipe añadió: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre. (...) Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 14, 9.1 1). Por tanto, la epifanía o manifestación del Hijo es la epifanía o manifestación del Padre.

¿No es éste, en definitiva, el objetivo de la venida de Cristo al mundo? El mismo afirmó que había venido para «dar a conocer al Padre», para «explicar» a los hombres quién es Dios y para revelar su rostro, su «nombre» (cf. Jn 17, 6). La vida eterna consiste en el encuentro con el Padre (cf. Jn 17, 3).

La Iglesia prolonga en los siglos la misión de su Señor: Su compromiso principal consiste en dar a conocer a todos los hombres el rostro amoroso del Padre, reflejado en Jesucristo. Lo dice San Pablo con unas palabras maravillosas que de alguna manera expresan todo el misterio de la Epifanía: «Pues el mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 Cor 4, 6). Cristo es la luz del mundo, la luz para que el mundo salga de las tinieblas de muerte y entre en el reino de la gracia, de la participación de la vida divina, reino de amor, de verdad, de pureza y de paz. Esa luz está en el Sagrado Rostro de Cristo, esa luz nos ilumina en este día con nuevo esplendor.

El mundo de hoy tiene gran necesidad de conocer que Dios es la Verdad y es también el Amor, que entre la verdad y el amor no hay oposición alguna; que ambos son complementarios, porque sólo se ama lo que se conoce; la voluntad se une por amor a lo conocido por el entendimiento; el mundo tiene necesidad de saber que fuera de Cristo no hay camino –Yo soy el camino, nadie va al Padre sino por mí-, de que las aparentes renunciaciones que Dios nos da en sus mandamientos no son límites, no son negaciones -no es que la Iglesia imponga, discrimine- por el contrario, los mandamientos de la ley de Dios son el sendero que posibilita la felicidad plena del hombre en su condición de creatura llamada a la divinización.

También a nuestra época se puede aplicar el oráculo del profeta Isaías, que acabamos de escuchar: « Mira: las tinieblas cubren la tierra, y la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti» (Is 60, 2-3). La Iglesia está llamada a revestirse de luz (cf. Is 60, 1), para resplandecer como una ciudad situada en la cima de un monte: la Iglesia no puede permanecer oculta (cf. Mt 5, 14), porque los hombres necesitan recoger su mensaje de luz y esperanza, y glorificar al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5, 16).

Conscientes de esta tarea apostólica y misionera, que compete a todo el pueblo cristiano, vamos como peregrinos a Belén, a fin de unirnos a los Magos de Oriente, mientras ofrecen dones al Rey recién nacido.

Pero el verdadero don es él: Jesús, el don de Dios al mundo. Debemos acogerlo a él, para llevarlo a cuantos encontremos en nuestro camino. Él es para todos la epifanía, la manifestación de Dios, esperanza del hombre, liberación del hombre, salvación del hombre.

Por último, en el gesto de los magos del Oriente que han venido a adorar al Señor nacido en Belén vemos a todos los hombres representados por ellos, también en ellos estamos nosotros. Vemos también la prefiguración y *el cumplimiento escatológico del fin de los tiempos*, cuando todos los pueblos naciones y lenguas se postren ante el que está sentado en el trono y el Cordero (Ap. 14,4; Sal 86, 9), ante Cristo Alfa y Omega de la historia, Principio y Fin de todo (Ap 22, 13).

Vamos entonces nosotros a adorar a Cristo para «adelantar la historia», en la espera pronta del cumplimiento de aquello que dice el Salmo: se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra. Vamos siempre a adorar a Cristo por el camino que Dios mismo nos ha trazado, y ese camino tiene un nombre: se llama María Santísima. Amén.